

El amor violento



CLARA URIARTE¹

El problema de lograr un acercamiento analítico a esa actitud especial hacia la vida que hace que hombres y mujeres tiendan inconscientemente hacia el sufrimiento psíquico y moral, sometiéndose voluntariamente a privaciones, aceptando la vergüenza y la humillación, forma parte de mis intereses como analista desde hace ya un tiempo.

Cuando escribía (2001, 2003) acerca de las identificaciones alienantes, de las heridas a un narcisismo aún vulnerable, de las uniones frustrantes a las cuales se vuelve una y otra vez y en las que el odio apenas se deja entrever, transitaba próxima al masoquismo, al odio-amor, de los cuales me ocupo en este trabajo.

El problema del masoquismo es de una actualidad indudable, ya se trate de las preocupaciones teóricas de diversa índole que genera, como de los escollos en el trabajo de análisis, donde el empeño masoquista logra, con frecuencia, salir triunfante.

Cuando el masoquismo se mantiene como fantasía estructurante del psiquismo, o cuando se traduce en fantasías asociadas a la sexualidad del sujeto, tiene un carácter testimonial de integración pulsional y de riqueza en la vida fantasmática.

Sin duda el masoquismo introduce el misterio en el que gozar supone sufrir. Sufrimos angustias como temible anuncio del deseo, la culpa y la castración, y más aun, angustias devastadoras, de un deseo opacado, no habilitado por el otro.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
curiarate@adinet.com.uy

Sin embargo, el masoquista persigue y logra la angustia como vía de acceso al goce, una forma peculiar de ejercer la angustia en su composición masoquista.

Tratándose del amor y del odio, de la vida amorosa y particularmente de la vida erótica, el masoquismo se presenta como una muestra privilegiada del amor violento.

En los movimientos originarios de la vida psíquica, el amor y el odio no aparecen en sus formas definitivas sino más bien con carácter de movimientos inaugurales, desempeñando un papel determinante en la diferenciación del yo y el objeto. Originariamente, amar corresponde a incorporar en el yo al objeto en tanto fuente de satisfacción. El odio, como prototipo de odiar, se encuentra ligado a la insatisfacción, al *displacer*, al poner a distancia, a la vez que constituye al objeto diferenciándose de él, al participar de la primera distinción adentro-afuera (Freud, 1915: 128).

En cuanto a la posibilidad de odiar, nace de la frustración de las pulsiones libidinales, momentos dolorosos del descubrimiento del otro primordial en su alteridad, que se hace posible en la alternancia de cercanías y alejamientos mediante los cuales el sujeto se desprende como tal y tiene lugar el nacimiento del pensamiento y del lenguaje.

A pesar de su apariencia destructiva, el odio vela por la conservación de un psiquismo en ciernes, denunciando poseer el mismo origen que su compañero el amor: las pulsiones sexuales. Estos dos afectos primordiales trabajan en una constante tensión de contradicción, en una dialéctica sobre la cual se funda todo encuentro subjetivante. Lacan (1972-1973: 110) plantea la imposibilidad de pensar el amor sin el odio, e introduce el *odio-amoramiento* dando cuenta del apretado enlace odio-amor y se muestra a disgusto con la idea de ambivalencia.

En el odioamoramiento el deseo se enlaza al odio-amor, a un odio que inviste el deseo de saber y resulta un elemento imprescindible en el que se sostiene toda transferencia, toda experiencia analítica.

Creo de interés introducirme en el estudio que hace Freud de la fantasía paradigmática «Pegan a un niño» (1919) en la cual, a mi modo de ver, quedan al descubierto los avatares del amor violento. Se descubren los alcances de la fantasía en el acontecimiento masoquista y se registra también la diferencia entre la versión neurótica del masoquismo y su versión perversa.

Los movimientos del trabajo con las fantasías permiten apreciar tres fases: en la primera, la puesta en escena propuesta por Freud: «el padre pega a un niño... odiado por mí» deviene: «el padre no ama a ese niño, solo me ama a mí», fantasía que satisface plenamente los celos infantiles.

En la segunda fase, inconsciente en general, se descubren transformaciones importantes, la persona que castiga es la misma, generalmente el padre. Esta fase resulta la más importante en consecuencias, no tiene una existencia real, el fantasma trata de una construcción del análisis. El «solo me ama a mí» de la primera fase queda sustituido por: «no, él no te ama, ya que te castiga». En la segunda fase deviene expresión de conciencia de culpa, ahora como expresión de amor por el padre.

La tercera fase se aproxima a la primera. La persona que pega no es nunca el padre, más bien un sustituto parental. En lugar de un niño azotado están presentes muchos niños, y el paciente interrogado dirá: «seguramente yo estoy mirando». La forma del fantasma es sádica, pero la satisfacción obtenida es masoquista, ya que los niños castigados resultan sustitutos de la persona propia.

El carácter consciente de las fantasías de la primera y la segunda fase da cuenta de la naturaleza estructurante de esta actividad fantasmática y sexual, constituye las manifestaciones habituales de una sexualidad que se despliega en la articulación de una animación fantasmática y de un ejercicio fuente de satisfacción.

En la segunda fase es donde podemos apreciar el núcleo masoquista en toda su intensidad en su contenido «ser pegado/a por el padre». Momento de punición donde el amor del padre tropieza con la conciencia de culpa: «no, no te ama a ti, pues te pega»: la fantasía se ha vuelto masoquista.

Este ser-azotado es ahora una conjunción de conciencia de culpa y erotismo, en donde el ser pegado equivale a ser amado: dimensión del amor violento.

El castigo testimonia el no-amor, el rechazo, la humillación, pero, a su vez, se trata de una fantasía cargada de erotismo en la cual se logra un cumplimiento de deseo, en tanto el goce suministrado por el otro, al provocar sufrimiento da prueba de su predilección. Se aprecia, entonces, amor y odio indisolublemente unidos en esta formación del inconsciente.

Es posible apreciar, en situaciones de neurosis con funcionamientos límite, el carácter insuficientemente reprimido de esta fase incestuosa del castigo.

La represión insuficiente lleva a la provocación de escenarios masoquistas, actos, donde efectivamente el sujeto es castigado o se abandona a una diversa gama de martirios de orden psíquico.

El análisis freudiano de la fantasía «Pegado a un niño» concluye con la afirmación de una fijación incestuosa al padre, como residuo del complejo de Edipo, tanto en el varón como en la niña.

Si esta interpretación freudiana resulta incompleta, no hay que olvidar que este trabajo representa una «contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones», tal como reza en su subtítulo. Con la fantasía de ser golpeado Freud demuestra que la perversión no escapa a la dialéctica edípica; se trata de un fenómeno específico en el cual los elementos de la estructura psíquica se juegan de modo diferente que en la neurosis.

Otra perspectiva será posible con el advenimiento de nuevas elaboraciones teóricas, tales como la introducción de la organización genital infantil y el reconocimiento de la existencia del falo para los dos sexos, instalando el lugar estructurante que juega el complejo de castración tanto en el varón como en la niña.

Años más tarde, describiendo el masoquismo erótico, Freud articula la fantasía «ser pegado por el padre» con la fantasía de castración y afirma que la angustia de ser devorado por el animal totémico (padre) tiene su fuente en la organización oral primitiva (1924: 172-173). Reconoce que la angustia de ser devorados en los hombres está ligada al padre pero, probablemente, es el resultado de la transformación de la agresión oral contra la madre. Se quiere devorar a la madre que lo ha nutrido, el padre no puede ser motivo de tal deseo (1931: 239).

Entiendo que la elaboración freudiana se enriquece en tanto la fantasía de ser pegado refuerza la relación arcaica con la madre, la identificación del niño/a con el falo materno se presenta como el fundamento mismo de las fantasías de paliza.

El destino del odio en la estructuración psíquica del niño depende de la posición de la madre, de la tramitación del Edipo y de la castración, en fin, del lugar que ese niño ocupa en el orden de su deseo.

Un odio «suficientemente odioso» estructura el amor maternal, como un amor que autoriza en el niño el deseo de saber y conocer. Un amor «condicionado» contiene un odio vital que permite significar al niño que es posible amar sin peligro, sin riesgo de destruir.

Una madre que ha sido amada por su propia madre guarda en ella las huellas de una relación erótica similar a un estado amoroso recíproco, inscripto en el inconsciente para nunca desaparecer. Estas memorias sensoriales que impregnan su cuerpo la reaseguran en los momentos de temor y angustia extremos. Gracias a estas memorias ella podrá, en su momento, transmitir seguridad y consuelo a su propio hijo/a.

La profunda gravedad de ciertas neurosis brinda una intensa manifestación de otros destinos posibles del odio.

En aquellas situaciones en las que la madre proyecta desvalorización y odio, que responde con odio al odio proyectado, evitando de ese modo toda separación, instala en el psiquismo marcas dañinas e identificaciones alienantes, que darán cuenta de los atrapamientos madre-hijo/a en un circuito de persecución, odio, culpa, de difícil tramitación. Se trata, del lado de la madre, de una destructividad sorda, profunda, inexorable, que refuerza el carácter imaginario de la relación entre ambos (Uriarte, 2001: 4).

Lacan (1969-1970: 109) ofrece una imagen inquietante del deseo de la madre: la boca abierta de un cocodrilo, en el interior de la cual se encuentra, encastrado, el niño; una madre insaciable y aterrorizadora.

A la hora de pensar las peculiaridades de esa intensa intrincación de amor-odio-masochismo, cobra relevancia la intensidad de una identificación narcisista con una madre odiada-amada, donde todo deseo es negado, abolido.

En estas circunstancias de organización de la estructura psíquica, el odio en la transferencia repite ese odio ligado a la ausencia de cuidado, al derecho de un lugar corporal propio, a desear, a saber.

El odio en la transferencia así entendido es un odio ignorado, mudo, no reconocido diferente al odio manifiesto, explicitado, propio del amor de transferencia (Uriarte, 2003: 110).

El amor incondicional de la madre no ha permitido emitir un «no», como expresión de una intimidad psíquica preservada. Largo tiempo de análisis llevará admitir el odio por el otro. Reconocimiento que finalmente

autoriza a pronunciar un «no» pleno de odio que inscribe al sujeto en la situación de ausencia donde el otro puede ser distinguido como causa de dolor y sufrimiento.

La situación pulsional masoquista² nos enfrenta a la relación de convivencia entre actividad y pasividad y al complejo desplazamiento de un extremo al otro.

Los destinos de la pulsión, trastorno hacia lo contrario y vuelta hacia la persona propia, permiten a Freud (1915: 123) trabajar la oposición sadismo-masoquismo, donde el ejemplo *c* resulta propiamente masoquista: se busca un objeto que, a consecuencia de la transformación de meta, debe asumir el papel de súbdito. Es posible nombrarlo como el momento masoquista, en tanto sádico y masoquista gozan ambos del dolor: provocando dolores en el otro, el sádico los goza de manera masoquista, identificado con el sujeto que sufre.

El acontecimiento pulsional del masoquismo, encubierto en una presentación de pasivización, es el resultado de un retorno del movimiento pulsional sobre el sujeto.

El sujeto, inmerso en los complejos movimientos pulsionales en juego en la posición masoquista, convoca todo lo que tiene de búsqueda provocadora, de llamada al otro. Allí, donde únicamente tendemos a escuchar una llamada plena de desamparo y dependencia, mantenemos oculta una táctica hostil, buscadora de la respuesta violenta del otro.

Una compleja llamada de amor vehiculizada en la violencia.

Violeta «sabe» que al regresar a su casa se encontrará con los detestables gritos e insultos de su marido dado que, ocupada en su propio trabajo, descuidó ciertas tareas encomendadas por él. Escuchándola, se hace sencillo pensar en la relación entre el «olvido» de realizar los trámites solicitados por su marido y la finalidad masoquista inconsciente. Nada hay de sencillo, el masoquismo siempre va al frente y somete a dura prueba el lugar del analista.

2 No se debe confundir el masoquismo con autocastigo, en el cual se pasa del verbo activo a su forma pasiva. El masoquismo no es una forma pasiva ni una forma activa, es una voz media reflexiva, lo que implica un *retorno de la acción sobre el sujeto*.

Este reiterado anudamiento matrimonial que mantiene Violeta se ha visto agravado por la entrega a su marido de un dinero heredado, lo que la dejó privada de toda independencia económica. Más aun, sin enojo recibió la noticia que le dio él de una desastrosa inversión de los bienes y la previsible e inevitable desaparición de la herencia familiar de su mujer.

Una dificultad muy grande para reaccionar ante la hostilidad va de la mano de una ausencia de reconocimiento por parte de ella del odio profundo que la inunda. Todo lo contrario, dada la debacle económica que la pareja enfrenta, aporta la totalidad de su sueldo para los gastos de la casa, en tanto se lamenta de no poder realizar ningún gasto personal.

Finalizada su jornada de trabajo, Violeta vuelve a su casa nuevamente a la espera del acoso psicológico al que se verá sometida por el indignado marido. La acompaña un estado de angustia imposible de sosegar, sin embargo reconoce que es algo así como un destino, por lo tanto nada podrá hacer para evitarlo y, reflexionando acerca de su supuesto egoísmo se dice que, pensándolo bien, podría haber dispuesto un tiempo de su propio trabajo y pasar por la casa bancaria, tal como él se lo había pedido. No obstante, estos pensamientos no logran paliar la angustia y los temores desatados en ella por su incumplimiento.

Al llegar a su casa todo ocurre tal como lo esperaba, gritos llenos de contenidos denigrantes, reproches martirizantes que las disculpas de Violeta no logran apaciguar. A pesar de ello no desespera, todo lo contrario, se alegra de que su marido no acepte sus disculpas y siente finalmente alivio ante el castigo verbal recibido.

Violeta, dirigiéndose al encuentro del acoso psicológico al que será sometida por su violento marido, permite apreciar lo que designo como *la construcción del encuentro masoquista*.

La angustia está presente todo el tiempo en el devenir del suceder masoquista, solo que va modificando sus expresiones: al inicio, la angustia está presente en el temor al enojo y gritos y, finalmente, una angustia transformada en placer violento que trae el alivio esperado.

En esta *construcción del encuentro masoquista*, cuando las disculpas reiteradas de Violeta ante su marido toman el carácter de una súplica por un perdón que no llega, es el momento de la angustia erotizada, revertida, «como se da vuelta un guante, en goce» (Assoun, 99).

Esta mujer destruye para sí misma todo proyecto, toda posibilidad de autonomía, de modo de conservar una identificación con una madre viva, único camino de sentirse amada por ella.

El amor monstruoso que comporta el odio se torna evidente en el encuentro masoquista: se ama el odio que la madre detenta como signo tangible del amor-destrucción sentido hacia ella.

Es posible captar la extrema dificultad de renunciar a estas situaciones de una repetición mortífera, que van contra la vida, transformándola en un existir ruinoso, imposible de detener.

La repetición articulada con la pulsión de muerte da cuenta de la búsqueda de ese goce ruinoso.

Lacan (1969-1970: 48-52) retoma la repetición freudiana y se refiere a ella, esta identificación con el goce y su compleja dialéctica. Goce que lleva la gloria de la marca en un sujeto que se identifica como objeto de goce.

«Tú me pegas» –o, en Violeta, «tú me gritas e insultas»– significa su propio goce bajo la forma del goce del Otro.

Violeta le ruega encarecidamente a su marido que la disculpe cuando, en realidad, espera de él sin saberlo un merecido castigo: el maltrato habitual, no exento de crueldad. Nuevamente se vislumbra el amor y la crueldad sobre ese otro que es ella misma y obtiene placer de su humillación.

Acción violenta donde se evidencia en toda su dimensión esa «rara pulsión que se dedicaría a destruir su propia casa», la pulsión de muerte.

Rosenberg trabaja el masoquismo retomando la letra freudiana y destaca el masoquismo mortífero en su terrible fuerza, efecto de la desintrincación pulsional.

Establece su conocida distinción entre un masoquismo guardián de la vida y un masoquismo mortífero. Indudablemente, el masoquismo opera como «guardián de la vida» en el seno mismo de la pulsión de muerte. Sin embargo, encuentro atendible el desacuerdo de Assoun (48) cuando aboga por preservar lo que nombra como la «monstruosa» unidad del masoquismo. Apunta al «doble juego», donde se mezcla vida y muerte, desligazón y erotismo. El masoquismo no sería el guardián de algo: él es el tramposo del juego (pulsional) pero que, justamente, al hacer trampa (con el otro) mantiene al sujeto vivo (bajo los golpes) en el corazón mismo de la desligazón mortífera.

¿Masoquismo? ¿Melancolía?, me pregunto, enfrentada al duro obstáculo de una problemática masoquista que desafía tozudamente toda posibilidad de cura.

Sin duda el masoquismo es la manifestación que, junto a la melancolía, más se aproxima a la pulsión de muerte.

En la práctica analítica el masoquismo inmediatamente actualizado anuncia a menudo formas singulares de la melancolía. La descripción sintomática que hace Freud en 1915 prefigura sorprendentemente formas del masoquismo moral. Si me ubico en los límites del funcionamiento neurótico, dominados por la problemática de la pérdida, caracterizados por dificultades psíquicas determinadas por movimientos autodestructivos, una relación entre el odio y la problemática incestuosa notoriamente intensa busca caminos de resolución a menudo patológicos, con una prevalencia del masoquismo moral.

En el masoquismo moral la relación con el objeto es incorporada en el sistema masoquista, donde el sufrimiento se busca por sí mismo (y no por el objeto), donde el odio por el objeto se ejerce sobre su sustituto, el yo mismo, rebajándolo y sacando de este sufrimiento el beneficio de una satisfacción sádica. Las formas que toma este masoquismo no excluyen para nada la sexualidad, más bien dejan al descubierto un carácter infantil perverso: un sufrimiento que el sujeto se impone a sí mismo mostrado de un modo exhibicionista.

A diferencia del masoquista perverso, lejos de buscar el sufrimiento anhela placer y felicidad, sin embargo no deja pasar oportunidad de padecer infortunios. Lleva, en contra de su voluntad, una mala vida y goza sin saberlo de las injusticias que padece.

En cuanto a su relación con el sentimiento de culpa pienso que mientras el sujeto con culpa se somete a un superyó cruel, el yo del masoquista moral exagera su sumisión, en un movimiento tal que no se siente sometido a este superyó.

Me interesa destacar cómo la relación entre el odio y la intensidad del deseo incestuoso defectuosamente reprimido deja al descubierto zonas psíquicas de tonalidad melancólico-masoquista, señaladas por una relación estrecha entre fragilidad narcisista y la precariedad de la relación con el otro; una identificación narcisista-melancólica con un objeto perdido, destruido,

muerto. La huella de esas identificaciones narcisistas originarias, marcadas por el rechazo de la separación, de la pérdida, pone de manifiesto el lugar fundamental de la identificación con ese primer otro, mal diferenciado, mal identificado, al modo del objeto arrastrado de la melancolía.

Se caracteriza por una forma singular de pérdida de objeto donde se recurre a una identificación con un objeto frustrante, odiado, nunca perdido, por lo cual toda posibilidad para el deseo queda anulada.

Sumemos a ello la intensidad de los movimientos pulsionales, en un sistema donde queda obstaculizada la articulación amor-odio. Un odio desatado, mortífero, dirigido hacia una madre suprema, a la que se debe proteger, ya que, contrariamente a lo que se espera, la relación con la madre es celosamente conservada, sosteniéndose en sacrificios que no pueden faltar.³

A mi modo de ver, el recurso a una tramitación ilusoria en la cual es negada toda ausencia, toda pérdida, se desdobra, inevitablemente, en su anverso asesino e incestuoso. En cuanto se quita el velo de la pasión, lo que simulaba un paraíso deja al descubierto la violencia salvaje de un mundo sin lenguaje.

La devastación, la ruina y un rechazo recíproco inundan estos escenarios masoquistas-melancólicos.

Violeta «la feúcha», de «pocas luces», abandona prematuramente toda posibilidad de estudiar y formarse, acuciada por una madre que le ruega que permanezca cerca de ella, en el momento en que el talentoso hermano, «los ojos de su madre», abandona el país. Ella obedece a su madre y le ofrece una protección que, posiblemente, nunca obtuvo para sí misma.

Pienso en un fragmento de un texto de Pontalis (77): «He entendido que ella [la paciente] había venido a buscar en el análisis, para al mismo tiempo rechazarlo, otro derecho fundamental: el de tratarse bien, la posibilidad de ser, para ella misma, una madre sanadora». ♦

3 Roussillon (161) entiende estas formas de masoquismo como modos de reminiscencia de una experiencia anterior de la cual no ha sido posible apropiarse plenamente. En el masoquismo moral el comportamiento masoquista estaría destinado a ubicar al sujeto «en una situación extrema», como única posibilidad de que el sujeto pueda detenerse a tiempo evitando el retorno de la experiencia agonística devastadora.

RESUMEN

Tratándose del amor y del odio, de la vida amorosa y particularmente de la vida erótica, el masoquismo se presenta como una muestra privilegiada del amor violento.

A la hora de pensar las peculiaridades de esa intensa intrincación de amor-odio-masoquismo, cobra relevancia la intensidad de una identificación narcisista con una madre odiada-amada, donde todo deseo es negado, abolido.

El sujeto, inmerso en los complejos movimientos pulsionales en juego en la posición masoquista, convoca todo lo que tiene de búsqueda provocadora, de llamada al otro.

Donde únicamente tendemos a escuchar una llamada plena de desamparo y dependencia mantenemos oculta una táctica hostil, buscadora de la respuesta violenta del otro. Una compleja llamada de amor vehiculizada en la violencia.

Descriptores: ODIO / AMOR / MASOQUISMO / MASOQUISMO MORAL / GOCE /
MELANCOLÍA / ANGUSTIA / IDENTIFICACIÓN NARCISISTA / MATERIAL CLÍNICO

SUMMARY

When it comes to love, hate, love life and particularly erotic life, masochism is presented as a privileged sign of violent love.

When considering the peculiarities of this intense complexity of love-hate-masochism, a narcissistic identification with a hated-loved mother becomes relevant, where all desires are denied; abolished.

When the subject is immersed in complex movements in the masochistic position, it means that the subject is provoking the other person, it is calling his or her attention.

When we only tend to listen to a call full of dependency and abandonment, we have a hidden and hostile tactic, looking for a violent answer. It is a complex love call vehiculated in violence.

Keywords: HATE / LOVE / MASOCHISM / MORAL MASOCHISM / ENJOYMENT (JOUISSANCE) / MELANCHOLIA / ANXIETY / NARCISSISTIC IDENTIFICATION / CLINICAL MATERIAL

BIBLIOGRAFÍA

- ASSOUN, P. L. *Lecciones psicoanalíticas sobre el masoquismo*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.
- FREUD, S. Pulsiones y destinos de pulsión. [1915]. En: *O. C. Tomo XIV*. Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- «Pegan a un niño». Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales. [1919] En: *O. C. Tomo XVII*. Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- El problema económico del masoquismo. [1924] En: *O. C. Tomo XIX*. Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- Sobre la sexualidad femenina. [1931]. En: *O. C. Tomo XXI*. Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- LACAN, J. *El seminario de Jacques Lacan. Libro XVII: El reverso del psicoanálisis* [1969-1970]. Buenos Aires, Paidós, 1992.
- *El seminario de Jacques Lacan. Libro XX: Aún* [1972-1973]. Buenos Aires, Paidós, 1981.
- PONTALIS, J. B. Non, deux fois non. Tentative de définition et de démantèlement de la réaction thérapeutique négative. En: *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, (24), 1981.
- ROUSSILLON, R. Intermède: héroïsme, masochisme. En: *Agonie, clivage et symbolisation*. París, PUF, 1999.
- ROSENBERG, B. *Masoquismo mortífero y masoquismo guardián de la vida*. Valencia, Promolibro, 1995.
- URIARTE, C. Construcciones en análisis e historización de traumatismos. Inédito, 2001.
- La transferencia negativa y la negativización de la transferencia. En: *RUP 97*, 2003, pp. 105-112.